

dad florece inteligentemente y las miserias se encuentran sepultadas porque nada tienen que ver con esta clase de gentes.

Novela bien construida, escrita por un auténtico poeta, *Alexis, el Griego* nos parece uno de los más bellos libros de los últimos años. Y como generalmente esta clase de obras no se comentan, hemos creído oportuno señalar su existencia. Porque se desprende de ella el ambiente del Mediterráneo oriental, primitivamente cristiano y salpicado con los ecos de la civilización moderna; porque en sus páginas la poesía aflora dignamente; porque más allá de la trama novelística hay hombres que viven *no* egoístamente, sino dando toda la experiencia que han atesorado. Y porque, a fin de cuentas, es necesario volver a la novela viva, palpitante, y no quedarse enredado en páginas y páginas de cerradas disquisiciones, donde el hombre no es sino el egoísmo total, lanzando experiencias que a nadie sirven.

VÍCTOR CASTRO

*

Atomo, por KARL ALOYS SCHENZINGER. Editorial Zig-Zag. 1958

SE HA DICHO que la cultura griega puede compararse a una cumbre, de la cual bajasen las aguas claras y cantarinas de las fuentes de muchos ríos. Quiere ello decir que algunas formas de la vida actual se daban ya en las diversas posturas filosóficas del mundo griego.

En efecto, los griegos fueron los primeros en interpretar el sentido del mundo, dejando a un lado las obcecaciones del fanatismo que brotaba de las ideas politeístas. De esta forma, el centro de gravedad se trasladaba de los dioses vengativos y vulnerables al hombre que discurre y labora.

Leucipo y Demócrito representan el movimiento precursor de la ciencia atomística de nuestros días. Sin embargo, no ha de olvidarse que muchas de las intuiciones del poeta latino Lucrecio, son interesantes anticipaciones del rumbo actual de las investigaciones científicas.

Con la teoría atómica de Dalton hubo como un renacer del viejo átomo. Del caos se llega al orden. Las presunciones se van confirmando con hechos concretos. Y hay filósofos, tocados por la gracia del investigador, que urden atrevidos sistemas, vinculados a los principios de lo que podría ser una filosofía de la era atómica. Tal vez, la comprensión del mundo que nos rodea y que

nos contiene habrá de permitirnos utilizar racionalmente las fuerzas físicas, los recursos biológicos de la naturaleza, siempre en beneficio del hombre sociable.

He ahí que un escritor de sólida formación científica, Karl Aloys Schenzinger, ha trazado, con mano segura, una interesante visión panorámica de la historia del Atomo. Para seguir los innumerables avatares científicos y anecdóticos, el autor ha recreado la vieja historia, partiendo del mundo griego, evocando las figuras de Leucipo y de su discípulo Demócrito, discutiendo por el complejo mundo vital del físico Becquerel, deteniéndose en las altas figuras científicas de madame Curie y de Rutheford. La obra habrá de culminar con el experimento de la bomba atómica en Los Alamos, el 13 de junio de 1945, y con el lanzamiento de ésta en Hiroshima, ciudad que hubo de quedar reducida a escombros, constituyendo una de las más horrosas tragedias de la humanidad.

Karl Aloys Schenzinger ha novelado interesantes jalones científicos. Y en cada uno de sus capítulos coloca, como estímulo de inspiración, unas acotaciones, una especie de resumen cultural que fundamenta la trama en sus mínimos detalles. En la rúbrica general, en la primera parte del libro, titulada *La Incógnita*, desfilan grandes figuras del pensamiento y de una ciencia embrionaria, de un pueblo, mejor dicho, de una ciudad, Atenas, que en menos de un siglo forjó la base y la cúspide de la cultura occidental.

El segundo enfoque del gran tema se halla condensado en las páginas de *La solución*. Con paso seguro, el autor nos introduce en el orbe científico de Becquerel, su laborar entroncado con la acuciosidad científica de madame Curie. La figura de Rutherford está iluminada con simpatía, su optimismo y dedicación los ha visto el autor con un alto y merecido sentido de cordialidad. Bello homenaje de matizaciones humanísticas.

Diríase que el autor ha dejado guiar su espíritu por las sendas didascálicas. Con frecuencia, como al desgair, va sembrando sus ideas y convicciones. Tal vez algunas de ellas son aptas para convertirse en una auténtica tabla de valores morales. He aquí, por ejemplo: "Las ideas representan en el cerebro lo que la célula ovárica en el ovario. Ambas son los brotes de una nueva idea. El huevo debe madurar, los pensamientos despertar. Ambos necesitan fructificar. Lo que allí sucede a plena luz, acá acontece en el más profundo misterio. Es una fecundación en el espíritu. Un cerebro sin ideas puede compararse con un ovario estéril. No tiene objeto."

Los procesos fascinantes de la conquista atómica se suceden. Los hombres de ciencia aparecen, dicen sus inquietudes, nos muestran sus conquistas y

fracasos, viven una existencia llena de entrañable sentido. Hay en el libro una tercera parte, "El resultado", lleno de euforia. Pero los hombres no olvidan que la verdad está en la sencillez, que el desarrollo espiritual no ha marchado al ritmo de la técnica, que no hay ningún aparato capaz de contestar la eterna pregunta de todas las filosofías: "¿Existe otra vida después de la muerte?"

Tiene la obra una culminación dolorosa: "Hiroshima yace bajo un cielo brillante y azul. Lewis aprieta la palanca y solloza. Se produce el relámpago. Una luz penetrante invade el cielo. Se abre el infierno. En la diezmillonésima fracción de un segundo se completa el círculo que une a Sócrates con Ghandi."

De sumo interés, el libro de Karl Aloys Schenzinger. Bellamente escrito. Bien traducido por M. K. de Gómez Millas.

Muchas de sus ideas habrán de servir a los escritores de vanguardia para urdir atrevidas metáforas. Los poetas nos hablarán de una víscera cordial con el simbolismo de un ramillete de fugaces electrones. En nuestros días, posibles neologismos, están suspendidos en los bordes de redomas y alambiques, danzan con la insistencia de protones y electrones. Sobre los cielos, en el fondo de los corazones rebulle una luz deslumbradora, se dibuja la silueta de un hongo colosal. Algún poeta metafísico, T. S. Eliot, entre otros, al fijar en sus poemas la concepción rítmica y total del universo, ha señalado el camino para una atomización del espíritu y de las sensaciones.

VICENTE MENGOD

*

Producción poética de Gabriela Mistral de 1912 a 1918. por RAÚL SILVA CASTRO. Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile. Santiago. 1957

LOS GRANDES ESCRITORES, sean prosistas o poetas, llegan a entregarle al crítico su verdadera cifra espiritual y estética, después de pacientes confrontaciones y encuentros. De ahí la necesidad de acuciosas revisiones, pues la belleza y el sentido de una obra están como agazapadas, con frecuencia, en mínimas circunstancias.

El escritor Raúl Silva Castro, con paciente dedicación, ha reunido en un